

[DE BENEDICTIONIBUS PATRIARCHARUM.]

IN LIBRUM DE BENEDICTIONIBUS PATRIARCHARUM ADMONITIO.

Ya hemos observado en libros anteriores que Ambrosio incluyó algo sobre las Bendiciones de los Patriarcas, es decir, sobre aquellas bendiciones con las que Jacob, en sus últimos momentos, deseó todo lo bueno a sus hijos, quienes, por antonomasia, son llamados Patriarcas. Sin embargo, él solo las tocó de pasada y pospuso una interpretación más amplia de ellas para otro lugar, donde discutiría sobre ellas de manera más dedicada. Esto lo lleva a cabo en este escrito el santo Doctor.

Así pues, primero, expuesta brevemente la utilidad de la bendición paterna, enseña (Cap. 1) que José, apresuradamente, llevó consigo a sus hijos Manasés y Efraín a Jacob, para que fueran bendecidos por él: y que el abuelo, al adoptarlos, les asignó un lugar entre sus propios hijos. Luego, siguiendo el orden de las Escrituras, desglosa las bendiciones que Jacob impartió a sus hijos (Cap. 2 y sig.). Examina en todas ellas un sentido místico, y afirma que no son tanto bendiciones (Cap. 2, num. 7 y en otros lugares) como profecías: es más, que son profecías, pero enriquecidas con diversas gracias de bendiciones. Por ello, revela qué está simbolizado en cada una de ellas, por ejemplo, en la bendición de Manasés y Efraín a los judíos y cristianos (Cap. 1), en la bendición de Dan al Anticristo (Cap. 7), en la bendición de Benjamín a San Pablo (Cap. 12): y que Cristo es designado en la mayoría de ellas, especialmente en las bendiciones de Judá y José (Cap. 4 y 11), las cuales, por esa razón, explica más extensamente y con mayor precisión que las otras.

Además, para conferir mayor fuerza y autoridad a las exposiciones que propone, presenta las palabras con las que Moisés, a punto de partir de este mundo, bendijo a las Tribus descendientes de esos mismos Patriarcas (Deut. XXXIII, 6 y sig.). Sin embargo, es necesario añadir que el santo Prelado no utilizó en todas partes los testimonios mencionados; ya que omitió tres de las bendiciones mosaicas. Lo singular y poco usual en esta obra de Ambrosio es que, contento con desarrollar interpretaciones místicas, casi nunca, salvo una vez, incluyó algo adaptado a la instrucción moral (Cap. 7, num. 33).

En este tratado, el santo Doctor cita algunas de sus otras obras, y en particular su comentario (Cap. 4, num. 21) sobre Lucas; el cual, según la opinión más verosímil, fue escrito alrededor del año 386, de donde se deduce que el comentario sobre las Bendiciones de los Patriarcas no fue publicado sino después de ese mismo año. Pero si se ha de decidir sobre este asunto basándose en la gran y evidente conexión que tiene con los libros anteriores, habrá que decir que no es mucho posterior a ellos, y por lo tanto no debe situarse en otro tiempo que alrededor del año 387. Y ciertamente, Ambrosio en su libro sobre José el patriarca parece haber omitido su bendición por ninguna otra razón que porque destinaba a ella una discusión particular en un futuro próximo; ya que, de otro modo, la interpretación de esa misma bendición convenía perfectamente al principal tema de su argumento, que era demostrar en José la imagen de Cristo el Señor.

Por lo demás, esta gran afinidad de los mismos tratados es tan confirmada por los títulos de algunos códices antiguos, que parecen constituir una sola obra a partir de ambos. En efecto, el manuscrito Benigniano, o de San Benigno de Dijon, en el frente del libro sobre José el patriarca exhibe este título: Comienza el primer libro de José del mismo (es decir, de Ambrosio); y al final: Termina el primer libro de José; y consecuentemente, sin otro título, añade el libro sobre los Patriarcas. El manuscrito Uticense, o de San Ebrulfo, al inicio y al final del libro sobre José lleva casi las mismas palabras que el Benigniano, pero tiene más

explícitamente que titula ese tratado del que se trata: Comienza el segundo sobre José y sus hermanos, y sobre sus bendiciones. Finalmente, en algunos códices se antepone al mismo libro sobre las Bendiciones esta inscripción: Comienza el segundo libro sobre los Patriarcas; y se añade esta cláusula: Termina el segundo libro sobre los Patriarcas. También el obispo Jonás de Orleans lo menciona bajo el título de José; ya que cuando cita las primeras palabras del mismo, dice (Lib. II de Instit. laic., cap. 15): Ambrosio en el libro cuyo título es de José. Por último, no dudamos en absoluto de que este libro debe ser considerado el último de los siete que Cassiodoro menciona que Ambrosio escribió sobre este tema: Además, dice él (Lib. de Instit. divin. litt., cap. 1), el santo Ambrosio publicó siete libros sobre los Patriarcas. Sin duda, los enumera desde los libros sobre Abraham hasta este mismo, inclusive.

Y dado que todos esos tratados consisten en sermones, que mostramos que fueron comenzados a ser pronunciados por el santo Prelado alrededor del año 387, al final de la Cuaresma, y continuados después de las fiestas de Pascua, se concluye que este también fue pronunciado por el mismo tiempo, pero antes del mes de agosto, bajo el cual el tirano Máximo irrumpió en Italia.

SANCTI AMBROSII MEDIOLANENSIS EPISCOPI DE BENEDICTIONIBUS PATRIARCHARUM LIBER UNUS. (C)

513 CAPÍTULO PRIMERO.

Para que los hijos sean impulsados a rendir honor a los padres, Dios ha infundido gran poder en la bendición de estos. José se apresuró a recibir la bendición paterna, y también presentó a sus hijos para que fueran bendecidos por su padre. Y qué misterios se contienen en esto.

1. Primero que todo, ¡cuánta reverencia aprendemos a rendir a los padres cuando leemos (Gen. IX, 25 y sig.) que quien era bendecido por su padre, era bendito, y quien era maldecido, era maldito! Por eso Dios otorgó esta gracia a los padres, para que se provocara la piedad de los hijos. La prerrogativa de los padres, por tanto, es la disciplina de los hijos. Honra, pues, al padre, para que te bendiga. Que el hijo piadoso honre al padre por la gracia, el ingrato por el temor. Y si el padre es pobre, y no tiene riquezas que dejar a sus hijos; tiene, sin embargo, la herencia de la última bendición, con la cual puede otorgar a sus sucesores las riquezas de la santificación. Y es mucho más ser bienaventurado que hacerse rico.

2. José se apresuraba a recibir la bendición (Gen. XLVIII, 1 y sig.). De hecho, también presentó a sus hijos Manasés y Efraín, a quienes Jacob bendijo; para que, teniendo doce hijos, y siendo el decimotercero el futuro apóstol Pablo, como elegido posterior, la decimotercera Tribu se santificara en Manasés y Efraín, dividida en ambos, para que Pablo no se encontrara fuera del número de las Tribus paternas, quien, siendo un ilustre predicador del Antiguo y del Nuevo Testamento, también demostrara haber progresado fácilmente en la herencia de la bendición paterna.

3. Aunque estos son misterios notables (514) (Ibid., 13 y sig.), porque José, tomando a sus hijos que había tenido en Egipto, colocó a Efraín a su derecha, y a la izquierda de Israel su padre; y a Manasés a su izquierda, para que estuviera a la derecha de Israel, los presentó ante su padre. Pero Israel, extendiendo su mano derecha, la puso sobre la cabeza de Efraín, que era el menor y estaba a la izquierda del abuelo; y su izquierda la puso sobre Manasés, que estaba a la derecha, y así, con las manos cambiadas, los bendijo. En esto, José también mantuvo el orden de la naturaleza, para dar más deferencia al hijo mayor, como también Isaac deseaba

dar la bendición al hijo mayor, Esaú: pero creyó que el hijo menor debía ser preferido en tipo del pueblo más joven, como él mismo fue preferido por su madre.

4. De hecho, Manasés se designa en latín como olvido (Gen. XLI, 51), porque el pueblo judío olvidó a su Dios que lo hizo. Y cualquiera que de ese pueblo crea, es como si fuera llamado del olvido. Efraín, sin embargo, promete la fecundidad de la fe, por la interpretación de su nombre, que aumentó al padre, como dice el mismo José: Porque Dios me ha hecho fructífero en la tierra de mi aflicción (Ibid., 52). Lo cual es propio del pueblo más joven, que es el cuerpo de Cristo, aumentando al padre, y no abandonando a su propio Dios.

5. De hecho, el anciano declaró que este es un misterio espiritual de los pueblos. Pues cuando el hijo pensó que había errado por el defecto de una vista más débil, quiso cambiar sus manos diciendo: No así, padre, porque este es el primogénito, pon tu derecha sobre su cabeza. Y no quiso, sino que dijo: Sé, hijo, sé. Y este será un pueblo, y este será exaltado: pero su hermano menor será mayor que él, y su descendencia será multitud de naciones (Gen. XLVIII, 18 y 19). De hecho, profetizó que Efraín sería preferido al hermano mayor, incluso en la serie de bendiciones diciendo: En ti será bendecido Israel, diciendo: 515 Que Dios te haga como a Efraín y Manasés (Ibid., 20). Y por eso, aunque eran nietos, fueron adoptados en lugar de hijos, para que no quedaran sin la bendición ancestral.

CAPÍTULO II.

Sobre la bendición de Rubén, el primogénito, que no es tanto una bendición como una profecía: sobre el error de los judíos acerca de ella; y sobre los misterios significados por la misma.

6. Celebrada esta bendición, también llamó a sus hijos (Gen. XLIX, 1). Y quien antes había preferido al menor sobre el mayor, comenzó por el primero; para que en aquel prefiriera la gracia del misterio, en este mantuviera el orden de la edad; al mismo tiempo que en los dos había bendecido a todos con toda la posteridad y progenie de los futuros, para que no pareciera superflua la bendición repetida del pueblo, ni se considerara la anterior como débil. Y con razón dice que más bien anuncia lo que sucederá en los últimos tiempos, que confiere una bendición.

7. De hecho, así comenzó: Rubén, mi primogénito, tú eres mi fuerza, y el principio de mis hijos, duro de llevar, duro y temerario, me has afrentado, como el agua no hiervas. Porque subiste al lecho de tu padre, entonces contaminaste el lecho cuando subiste (Ibid., 3 y sig.). ¿No parece más bien reprendido que bendecido? Y por eso es más una profecía que una bendición. Porque la profecía es el anuncio de lo que está por venir, pero la bendición es la concesión votiva de santificación y gracias.

8. Y los judíos piensan que por eso el anciano dice esto a su hijo Rubén, porque se acostó con Bala, la concubina de su padre, y contaminó el lecho paterno. Pero fácilmente se les refuta; porque esto había sucedido antes: pero Jacob promete que dirá lo que sucederá en los últimos días, no lo que ya había sucedido. Por lo tanto, la sentencia del Patriarca es congruente y consistente consigo misma, quien, viendo, con los judíos persiguiendo, la futura pasión del Señor, execró la audacia inhumana del pueblo primogénito, que incrédulo, y no sometido a la ley de Dios, y con dura cerviz ignorante de llevar el yugo de Cristo, no solo infligió la injuria de la muerte al autor de la vida, sino también la injuria de la insultación sacrílega.

9. No hiervas, dice, como el agua; para que no estalle en mayor locura, y el fervor de la furia y la locura no permita a los pecadores arrepentirse: sino que hagan penitencia de sus delitos; porque el pueblo subió duro al lecho del padre, y contaminó el lecho santo, es decir, fijando en el patíbulo de la cruz la carne del Señor Jesús, nuestro creador, en la cual, como en un cierto lecho y lecho paterno, sus santos descansan con la saludable refrigeración de su salvación. ¿Quién, pues, negará que se dice del pueblo, cuando todas estas cosas concuerdan con el pueblo? Porque él mismo fue llamado primogénito de Israel, él mismo de dura cerviz. De él dijo Moisés: Pero vosotros sois un pueblo de dura cerviz (Exod. XXXIII, 3, y en otros lugares). Y en verdad, ¿quién tan duro y temerario y contumelioso como el pueblo de los judíos, que al Señor Jesús, por quien vieron resucitar a los muertos, iluminar a los ciegos, lo azotaron con látigos, lo clavaron con clavos, 516 cuando no podían negar sus obras divinas? Lo cual, con los escribas y los pontífices como autores, y el príncipe de los sacerdotes Caifás igualmente enfurecido, la serie del Evangelio ha declarado que fue cometido. Y por eso el santo Profeta rehúsa el principado de tal crimen, para que por la sucesión del linaje no se atrevan a arrogarse la compañía de tan gran Patriarca.

CAPÍTULO III.

Se predice lo que les sucederá a los hijos de Simeón y Leví, cuyos nombres designan a las Tribus; y también se refuta la opinión de los judíos sobre la interpretación mística de esta bendición.

10. El justo se declara en contra, y rechaza la posteridad que no guardaría el afecto paterno; y porque previó el crimen, se horroriza del contagio del consejo: En el consejo de ellos no entre mi alma, y en la congregación de ellos no contiendan mis entrañas; porque en su ira mataron a un hombre, y en su codicia desjarretaron un toro (Gen. XLIX, 6). Lo que dice, lo dice de los hijos de Simeón y Leví; pero con sus nombres designa a las Tribus, que se llamaban con un nombre similar. Los judíos derivan esta interpretación muy hermosa; para que piensen que por eso reprende a los hijos de Jacob, porque por la violación de su hermana, estos dos, más que los otros hermanos, deseando vengarse, simulaban querer entrar en gracia con ellos, y por eso les aconsejaron que se circuncidaran; para que con una religión común se fortaleciera la paz entre ellos, y la sociedad de la afinidad a recibir. Pero atacándolos circuncidados, con las heridas aún recientes, y las fuerzas debilitadas que el dolor había disuelto, los mataron al tercer día que sobrevino. Por eso, y tal vez estos dos vengadores más que los otros, porque son autores de los escribas y sacerdotes. Pues a nadie más que a los sabios y sacerdotes les corresponde vindicar la castidad.

11. Pero en esto también se equivocan los judíos. Porque estos habían proporcionado las causas de su dolor al padre, afirmando que en esa edad juvenil habían sido vengadores de la piedad ofendida, y vengadores de la castidad violada. Lo cual ciertamente el santo no podía condenar, porque no permitieron que su hermana quedara sin venganza en el lugar de una prostituta, que había perdido su virginidad, y no tenía consuelo de venganza; especialmente cuando él mismo lo aprobó de tal manera que poseyó a Siquem, y en la muerte se la dio a su hijo más querido, José, diciéndole: Te doy Siquem, la principal sobre todos tus hermanos, que tomé de las manos de los amorreos con mi espada y mi arco (Gen. XLVIII, 22). Lo cual no se puede negar que sucedió. Sin embargo, podemos interpretar que por Siquem se significan los hombros, por los hombros las obras. Por lo tanto, eligió a José, el santo, como heredero de las buenas obras sobre los demás, cuyas obras los hermanos no podían igualar. ¿Quién podría igualar las obras de Cristo?

12. Además, el inmaculado y casto, de esta morada terrenal, y de los autores de la impureza, reportó botines, tomando el lugar vacío de lujurias y crímenes para la morada de los santos con palabras celestiales, y espada espiritual; para que donde antes habitaban los habitantes de la lascivia y los príncipes de la lujuria, donde había incentivos de lujuria, y fomentos de iniquidad, allí ahora los santos sacerdotes enseñen las doctrinas de la castidad, y numerosos ejemplos de integridad virginal resplandezcan con un cierto resplandor de luz celestial.

13. Por lo tanto, son Tribus las que se designan con los nombres de los Patriarcas, porque de la Tribu de Simeón son los escribas, de la Tribu de Leví los príncipes de los sacerdotes, que completaron su iniquidad en la pasión del Señor, llenando toda la medida de la impiedad paterna. Ellos mismos pensaron el consejo contra el Señor Jesús, para matarlo, como dice Isaías: ¡Ay de sus almas! porque pensaron un consejo malo contra sí mismos diciendo: Atémos al justo, porque nos es inútil (Isaías III, 9 y 10). Ellos mismos mataron a los profetas, y a los apóstoles que anunciaban la venida del Salvador del Señor, predicando su pasión y la gloria de su resurrección. Ellos mismos después, en su codicia, en la que deseaban los crímenes terrenales, rechazando las compañías divinas, la castidad del cuerpo, la sobriedad de la mente, el desprecio del dinero, la ganancia de la gracia, desjarretaron al toro, aquel que produce cuernos y pezuñas, que ven los pobres y se alegran; porque con la palabra de Dios exaltó el cuerno de su pueblo, con el cual repelió a los enemigos, y mereció la recompensa de la corona celestial. Este es el toro por el cual la Iglesia se figura en la luna, entonces más plena cuando, como apoyada en cuernos taurinos, abarca el espacio de todo el orbe.

14. Sin embargo, parece que esta profecía también añade la gracia de la bendición. Pues al primogénito Rubén diciendo: No hiervas como el agua, estableció el pecado; porque el agua suele limpiar más bien los delitos, y revocar nuestras mentes de todo fervor de vicios. Y de nuevo diciendo a Simeón y Leví: Los dividiré en Jacob, y los dispersaré en Israel, mostró que serían redimidos por la congregación de las naciones. Porque al ser herido el pastor, aquel rebaño disperso, que antes había sido reunido; para que el que no era, entrara, y así todo Israel fuera salvo. Y especialmente por la Tribu de Leví debemos creer esto; porque de esa Tribu parece que el Señor Jesús, según la asunción del cuerpo, lleva su linaje. De esa tribu son los sacerdotes Leví y Natán, que el santo Lucas en el libro del Evangelio que él mismo escribió, contó entre los mayores del Señor (Luc. III, 29 y 31). Porque el sacerdote del Padre y príncipe de todos los sacerdotes, como está escrito: Tú eres sacerdote para siempre (Sal. CIX, 4), debía reivindicar la sucesión del origen sacerdotal.

15. Por eso también Moisés bendijo a esta Tribu diciendo: Dad a Leví la suerte de su sufragio, y su verdad al santo (Deut. XXXIII, 8). También Moisés bendijo a la Tribu de Rubén, como tienes escrito: Viva Rubén, y no muera, y sea numeroso en número (Ibid., 6). Porque no habría bendecido, si hubiera sabido que eran indignos de bendición según la sentencia del Patriarca. Ciertamente lo que él pasó por alto brevemente, este lo completó.

518 CAPÍTULO IV.

Sobre la bendición de Judá, que se acomoda a Cristo, su encarnación, pasión, resurrección, y otros misterios.

16. Y porque por la mezcla del linaje de Judá y Leví las Tribus están unidas, por eso Mateo describe su familia de la Tribu de Judá (Mat. I, 3). Y el Apóstol dice: Porque de Judá ha salido nuestro Señor (Heb. VII, 14). Para que de la Tribu de Leví se cuente la herencia sacerdotal y plena de santidad: pero de la Tribu de Judá, de la cual fueron David y Salomón y los demás reyes, resplandezca el esplendor de la sucesión real; para que el mismo sea

demostrado tanto rey como sacerdote por el testimonio de las Escrituras. Con razón, pues, el santo Jacob se derramó en torno a la gracia de Judá diciendo: Judá, te alabarán tus hermanos: tus manos estarán sobre el lomo de tus enemigos, te adorarán los hijos de tu padre. Cachorro de león Judá de la descendencia, hijo mío, has subido. Reclinándote dormiste como un león, y como un cachorro, ¿quién lo despertará? No faltará juez de Judá, y príncipe de sus lomos, hasta que venga aquel a quien está reservado; y él será la esperanza de las naciones, atando a la vid su asna, y al pollino de su asna al sarmiento. Lavará en vino su vestidura, y en la sangre de la uva su manto. Sus ojos serán brillantes por el vino, y sus dientes más blancos que la leche (Gen. XLIX, 8 y sig.).

17. Aunque el discurso parece dirigirse al patriarca Judá, se expresa al verdadero confesor posterior, nacido de esa tribu, quien es alabado por sus hermanos, de quienes dice: "Narraré tu nombre a mis hermanos" (Sal. XXI, 23). Señor por naturaleza, hermano por gracia, cuyas manos, que extendió al pueblo incrédulo, están sobre la espalda de sus enemigos. Con esas mismas manos y la misma pasión, protegió a los suyos y sometió a las potestades adversarias, haciendo a todos los que carecen de fe y piedad, súbditos suyos. De ellos dice el Padre al Hijo: "Y dominarás en medio de tus enemigos" (Sal. CIX, 2): enemigos que su malicia hizo, no la voluntad de Cristo. En esto se muestra la gran gracia del Señor. Pues las maldades espirituales que solían inclinar nuestro cuello bajo el yugo de la cautividad, de tal manera que el mismo David escribía sintiendo las manos de los triunfadores sobre él, diciendo: "Sobre mi espalda fabricaron los pecadores" (Sal. CXXVIII, 3), ahora están sometidas al triunfo de Cristo y sujetas a sus manos, es decir, a sus hechos y obras, sufriendo la eterna miseria de la cautividad. Él es adorado por los hijos de su Padre, cuando es adorado por nosotros, a quienes él mismo permitió llamar Padre, siendo su siervo una virtud.

18. Cachorro de león es Judá. ¿No expresó claramente al Padre y declaró al Hijo? ¿Qué es tan evidente para enseñar que el Hijo de Dios es de la misma naturaleza que el Padre? Aquel es el león, este el cachorro de león. En una comparación humilde, se entiende la unidad de naturaleza y poder. Un rey procede de un rey, un fuerte de un fuerte. Porque prevenía que habría quienes afirmarían que el hijo era de menor edad, se anticipó a ellos diciendo: "De la raíz, hijo mío, ascendiste. Reclinándote, dormiste como león y como cachorro". Y en otro lugar tienes que el cachorro es el león de la tribu de Judá (Apoc. V, 5). Así que, porque dijo cachorro, bien puso inmediatamente león, es decir: No se dejen engañar sus oídos porque escucharon cachorro, expresé al Hijo, no dije menor. Y él es león como el Padre. Escuchen que lo llamó león y cachorro: león como de perfecta y plena virtud; cachorro, como Hijo; para que nadie, al escuchar que es igual al Padre, no piense que es el Hijo. No se alaba al Hijo de manera que se separe del Padre. Aquel prueba que es igual, quien confiesa al Hijo.

19. Maravillosamente también expresó su encarnación diciendo: "De la raíz, hijo mío, ascendiste"; porque como un brote de la tierra germinó en el vientre de la Virgen, y como una flor de buen olor para la redención del mundo entero, fue emitido desde las entrañas maternas con el esplendor de una nueva luz, como dice Isaías: "Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y una flor de su raíz ascenderá" (Isa. XI, 1). La raíz es la familia de los judíos, la vara es María, la flor de María es Cristo. Correctamente la vara que es de linaje real, de la casa y patria de David, cuya flor es Cristo, quien abolió la fetidez de la corrupción mundana e infundió el aroma de la vida eterna.

20. Tienes, por tanto, la encarnación, recibe la pasión: "Reclinándote, dormiste como león": cuando yacía en el sepulcro, como en un cierto sueño de su cuerpo, tranquilo, como él mismo dijo: "Yo dormí, y descansé, y me levanté; porque el Señor me sostuvo" (Sal. III, 6). De

donde también Jacob dice: "¿Quién lo levantará?" es decir, a quien el Señor sostendrá. ¿Quién es otro que lo resucite, sino él mismo con su poder y el del Padre? Veo que nació por su propia autoridad, veo que murió por su propia voluntad, veo que duerme por su propio poder. Quien hizo todo por su propia voluntad: ¿de quién necesitará ayuda para resucitar? Él mismo es el autor de su resurrección, quien es el árbitro de la muerte, quien es esperado por las naciones.

21. Y por eso, "hasta que él venga, no faltará un líder de Judá"; para que hasta su nacimiento se conserve intacta la fe de la sucesión real. Pues después, como enseñamos en el tratado sobre el Evangelio (Lib. III, en Lucas), con Herodes la sucesión adulterada perdió la prerrogativa de la dignidad. Pues porque negaron al verdadero rey, comenzaron a tener falsos. Por tanto, lo que dice el Patriarca, se conservará en los jueces o reyes de los judíos la herencia de la sucesión inmaculada llevada por los reyes: "hasta que venga aquel a quien está reservado"; para que congregue la Iglesia de Dios de la reunión de todas las naciones, y la devoción de los pueblos gentiles, es decir, a él le espera, a él se le debe, a él se le otorga la prerrogativa de tan gran gracia.

22. Y él es la esperanza de las naciones. Dijo más que si hubiera dicho, las naciones lo esperan, porque toda la esperanza de la Iglesia descansa en él. Por eso se le dice a Moisés: "Quítate las sandalias de tus pies" (Éxodo III, 5), para que no se creyera que él era el esposo de la Iglesia, quien fue elegido líder del pueblo. Por eso Josué se quitó su sandalia (Josué V, 16), para que él también guardara la gracia del don que vendría. Por eso dice Juan: "Después de mí viene un hombre del cual no soy digno de desatar la correa de sus sandalias" (Juan I, 27). Por eso dice: "El que tiene a la esposa es el esposo; pero el amigo del esposo, que está presente y lo oye, se regocija con gran alegría" (Juan III, 29), es decir, él solo es el esposo de la Iglesia, él es la esperanza de las naciones, a él le ofrecen la unión de la gracia nupcial, los profetas se quitaron su sandalia. Él es el esposo, yo soy el amigo del esposo: me regocijo porque ha venido, porque escucho la voz nupcial, porque ya no escuchamos los duros castigos de los pecados, los duros tormentos de la Ley, sino el perdón de los crímenes, la voz de alegría, el sonido de júbilo, la exultación de la fiesta nupcial.

23. Este es el que ata a la vid su asno, y al sarmiento el pollino de su asna; para que la congregación de las naciones, antes descuidada y negligente, pero ya devota por Cristo, tenga el fervor del Espíritu Santo, y a esa vid perpetua, es decir, al Señor Jesús, quien dice: "Yo soy la vid, y mi Padre es el labrador" (Juan XV, 1), como sarmientos fructíferos, estemos atados con ciertos lazos de fe inquebrantable. Este es el misterio, que ordenó desatar el pollino de la asna en el Evangelio, y el mismo Señor Jesús se sentó sobre él, para que atado a la vid descansara con la perpetua dulzura de los santos.

24. Lavará, dice, en vino su vestidura. Buena vestidura es la carne de Cristo, que cubrió los pecados de todos, asumió las faltas de todos, cubrió los errores de todos. Buena vestidura, que a todos vistió con el manto de la alegría. Lavó esta vestidura en vino, cuando al ser bautizado en el Jordán, descendió el Espíritu Santo como paloma, y permaneció sobre él. Lo que significa que la plenitud del Espíritu Santo estuvo indivisa en él, y no se apartó. Por eso el evangelista (Marcos I, 10) dice: Porque lleno del Espíritu Santo, el Señor Jesús regresó del Jordán. Lavó, pues, Jesús su vestidura, no para lavar su propia suciedad, que no tenía; sino para lavar la nuestra, que sí tenía. Finalmente añadió: "Y en la sangre de la uva su manto": es decir, en la pasión de su cuerpo lavó a las naciones con su sangre. Pues el manto de la palabra son las naciones, como está escrito: "Vivo yo, dice el Señor, que a todos ellos los vestiré como vestidura" (Isa. XLIX, 18). Y en otro lugar: "Como un vestido los cambiarás, y serán cambiados" (Sal. CI, 27). No, pues, con su propia sangre, lavó sus pecados, que no tenía, sino

nuestras faltas, que cometimos. Y bien dijo uva, porque como uva colgó en el madero. Él es la vid, él es la uva. Vid adherida al madero: uva, porque la lanza del soldado abrió su costado y emitió agua y sangre. Así lo dijo Juan: porque salió de él agua y sangre (Juan XIX, 34). Agua para el lavacro, sangre para el precio. El agua nos lava, la sangre nos redime.

25. Y por eso dice el profeta: "Sus ojos son más brillantes que el vino, y sus dientes más blancos que la leche", significando a los profetas y apóstoles. Pues unos como los ojos de Cristo previeron y anunciaron su venida, de quienes él mismo dice: "Abraham vio mi día, y se alegró" (Juan VIII, 56). Y uno de los profetas dice: "Vi al Señor de los ejércitos" (Isa. VI, 5): quienes al verlo se llenaban de alegría espiritual. Otros, es decir, los apóstoles, a quienes el Señor limpió de toda mancha de pecado, se hicieron más blancos que la leche, a quienes ninguna mancha oscureció después. Pues la leche es temporal; pero la gracia de los apóstoles permanece perpetua, quienes al confeccionar para nosotros aquellos alimentos espirituales y celestiales, engordaron las entrañas internas de la mente. También hay quienes consideran que los mandamientos del Señor, claros, que fueron pronunciados por boca divina, se nos hicieron como leche, con los cuales nutridos llegamos al alimento del pan celestial. Por eso también Pablo dice: "Leche os di a beber, no alimento sólido; porque aún no podíais" (I Cor. III, 2). A los corintios al principio de la fe los imbuyó con la bebida de leche. Y aquellos santos cuya fe se anuncia en todo el mundo, como destetados, se fortalecen con alimento más sólido.

CAPÍTULO V.

La bendición de Zabulón designa a la Iglesia y sus príncipes.

26. Zabulón habitará junto al mar. Y él estará cerca de los accesos de las naves, y se extenderá hasta Sidón (Gén. XLIX, 13). La misma interpretación del nombre promete cosas mejores; ya que la expresión latina significa liberación de las tinieblas, lo cual es ciertamente bueno, y de aquel que espera en las alas del Señor, a quien rodea su verdad, para que no tema al terror nocturno, ni al negocio que camina en las tinieblas.

27. Así pues, este Zabulón habitará junto al mar; para que vea los naufragios de otros, él mismo inmune al peligro, y observe a otros fluctuando en el mar de este mundo, que son llevados por todo viento de doctrina, él mismo perseverando inmóvil en la raíz de la fe, como es la santa Iglesia arraigada y fundada en la fe, observando las tormentas de los herejes, y los naufragios de los judíos, ya que negaron al timonel que tenían. Habita, pues, cerca de las olas, no es movido por las olas, y más bien preparado para socorrer que expuesto al peligro, para que si algunos, llevados por tempestades graves, quisieran refugiarse en el puerto, la Iglesia esté presente como puerto de salvación, que con los brazos extendidos llame a los que están en peligro al seno de su tranquilidad, mostrando un lugar de segura estación. Por tanto, en este siglo, las iglesias como puertos marítimos se extienden por las costas, saliendo al encuentro de los que trabajan, diciendo que hay un refugio preparado para los creyentes, donde las naves sacudidas por los vientos puedan ser llevadas.

28. En estas iglesias están los príncipes de Zabulón, y los príncipes de Neftalí, como enseña el salmo LXVII, de los cuales unos son liberadores de la tempestad nocturna, clamando: "Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos con las armas de la luz" (Rom. XIII, 12): otros son de la amplitud apostólica, que pueden decir: "Nuestra boca está abierta a vosotros, oh corintios, nuestro corazón se ha ensanchado" (II Cor. VI, 11). Estos son aquellos que, estando en tinieblas, vieron una gran luz, como testifica el profeta diciendo: "Región de Zabulón, y región de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán: el pueblo que habitaba

en tinieblas, vio una gran luz: a los que habitaban en la región de sombra de muerte, la luz les ha amanecido" (Isa. IX, 1 y 2).

29. Por tanto, el Señor nuestro Dios puso a los herederos de este patriarca como exploradores cerca de los accesos de las naves, cuya vigilancia perpetua y sucesión espiritual se extiende hasta Sidón, es decir, llega hasta las naciones, para que la misericordia del Señor lave los pecados de las naciones. Pues Sidón es el primogénito de Cam, aquel que por su irreverencia hacia la piedad paterna, fue condenado con la maldición del padre. Por tanto, la liberación nocturna, como puesta en las guardias de una fortaleza espiritual, para que nadie pueda caer en los escollos de esta vida, se extiende hasta los pecadores de los crímenes más graves, y a los mismos sidonios, que antes eran llamados cazadores de crímenes por su vehemente superstición, y, como enseña la interpretación, liberados de la herencia de la maldición, y otorgada la herencia de la bendición, los absuelve; para que donde había mayor culpa, ahora haya más abundante gracia.

CAPÍTULO VI.

Sobre la bendición de Isacar, que se expone místicamente sobre Cristo el Señor.

30. Isacar deseó lo bueno, descansando entre las herencias, y viendo que el descanso es bueno, y la tierra que es fértil: inclinó su hombro para trabajar, y se hizo hombre agricultor (Gén. XLIX, 14 y ss.). Isacar significa recompensa, y por eso se refiere a Cristo, que es nuestra recompensa; porque lo adquirimos para nosotros con la esperanza de la salvación eterna, no con oro, no con plata, sino con fe y devoción. Por eso también David dice de él: "He aquí la herencia del Señor, los hijos son recompensa, fruto del vientre" (Sal. CXXXVI, 3). Y Moisés dice de él: "Recompensa de los que habitan junto al mar" (Deut. XXXIII, 19). Este es el que deseó lo bueno desde el principio, y no supo desear lo malo. De quien también Isaías dice: "Antes de que el niño sepa llamar padre o madre, no creyó en la maldad, eligiendo lo que es bueno" (Isa. VIII, 4). Descansó entre las herencias del Antiguo y Nuevo Testamento, o en medio de los profetas. Por eso apareció en medio de Moisés y Elías; para mostrarnos que en sus palabras tiene descanso, por quienes muchos renunciando a los pecados creen en el Dios vivo: o que ellos son testigos de su resurrección, y del bienaventurado descanso.

31. Así pues, para llamar a las naciones a la gracia de su resurrección (pues esta es la tierra fértil y fecunda, que genera frutos eternos, frutos centésimos y sexagésimos), sometió su hombro para trabajar, sometién dose a la cruz, para llevar nuestros pecados. Por eso dice el Profeta: "Cuyo principado está sobre su hombro" (Isa. IX, 6), es decir, sobre la pasión del cuerpo la potestad de la divinidad, o la cruz sobresaliente sobre el cuerpo. Puso, pues, el hombro inclinándose al arado, paciente en soportar todas las injurias, tan sometido al trabajo, que fue herido por nuestras iniquidades, y debilitado por nuestros pecados. Y se hizo hombre agricultor, sabiendo sembrar su tierra con buen trigo, y plantar árboles fructíferos con profunda raíz.

CAPÍTULO VII.

Sobre la bendición de Dan, que anuncia el futuro Anticristo de esa tribu. Se añade una exhortación a despertar del sueño de los vicios; después se predice que esa misma tribu se convertirá a la fe.

32. Dan juzgará a su pueblo como una de las tribus de Israel. Y Dan se hizo serpiente en el camino, sentado en la senda, mordiendo el talón del caballo, y caerá el jinete hacia atrás, esperando la salvación del Señor (Gén. XLIX, 16 y ss.). La interpretación simple tiene que también la tribu de Dan dio un juez en Israel. Pues después de Josué, los jueces fueron del pueblo de diversas tribus. Pero esta profecía no se refiere a él, sino al Anticristo que ha de venir de la tribu de Dan, un juez cruel, y un tirano feroz, juzgará a su pueblo. Como serpiente en el camino, sentado en la senda, intentará derribar a los que caminan por el camino de la verdad, deseando suplantar la verdad. Esto es morder el talón del caballo, para que por la infusión del veneno el caballo herido, y herido por el diente de la serpiente, levante su talón; como Judas el traidor, tentado por el diablo, levantó su talón sobre el Señor Jesús, para derribar al jinete, quien se derribó para levantar a todos. Cayó, pues, no postrado en el rostro como dormitando, sino hacia atrás, para que extendiéndose desde lo superior a lo anterior, esperara la salvación del Señor. Pues sabía que sería resucitado, y por eso esperaba levantar al Adán caído.

33. Por eso, cuando corremos bien en el camino, cuidémonos de que no haya una serpiente acechando en la senda, y socave la huella del caballo, es decir, de nuestro cuerpo, y derribe de repente al jinete dormido. Pues si estamos vigilantes, debemos cuidarnos de alguna manera, y evitar la mordedura de la serpiente. No nos oprima, pues, el sueño de la negligencia, el sueño del mundo, no nos oprima el sueño de las riquezas; para que no se diga también de nosotros: "Durmieron su sueño y no hallaron nada todos los hombres de riquezas" (Sal. LXXV, 6). Pero hay también jinetes dormidos, de los cuales está escrito: "Dormitaron los que montaron a caballo" (Ibid., 7). Si la avaricia hiere tu pecho, si la lujuria lo inflama, duermes jinete, y por eso no puedes refrenar tu cuerpo, es decir, tu caballo. Vigila, pues, para que incluso si fueras derribado, es decir, muerto, no duermas. Pues los que duermen su sueño, no encuentran nada. Pero tú espera la salvación del Señor, mira que vendrá, para que encuentres la gracia de la resurrección. Judas dormía: de hecho, no escuchaba las palabras de Cristo. Judas dormía, y ciertamente el sueño de las riquezas, que buscaba la recompensa de la traición. El diablo lo vio dormido, y oprimido por el pesado sueño de la avaricia: se metió en su corazón, hirió al caballo, derribó al jinete, a quien separó de Cristo.

34. A esta tribu bendijo Moisés diciendo: "Dan es un cachorro de león, y huirá de Basán" (Deut. XXXII, 22), es decir, de la confusión. Por lo cual, según el griego, debemos entender más, de donde el latín tradujo, que Dan mismo se hizo serpiente en el camino sentado. Dan significa juicio. Y por eso esta tribu incurrió en el grave peligro del juicio, en la que se introdujo la serpiente, el Anticristo, que heriría con sus venenos al que corría. Pero sin embargo, esta tribu será liberada de la confusión, cuando haya confesado al jinete resucitado, quien dice: "El que me confiese delante de los hombres, yo también lo confesaré delante de mi Padre que está en los cielos: pero el que me niegue delante de los hombres, yo también lo negaré delante de mi Padre que está en los cielos" (Mat. X, 32 y 33).

CAPÍTULO VIII.

La bendición de Gad prefigura a los judíos que tentarán al Señor, y a su vez serán tentados por él.

35. Gad, una tropa lo atacará, pero él la atacará por la retaguardia (Gén. XLIX, 19). La tentación es la congregación y astucia de los escribas y sacerdotes que tentaban al Señor Jesús sobre el tributo al César y el bautismo de Juan, como enseña la Escritura (Mat. XXII, 17); a quienes el Señor Jesús, en su justicia, devolvió la tentación (Ibid., 21, 23). Por la

retaguardia, es decir, respondiendo inmediatamente sin deliberación alguna, para así cerrar más a los que lo tentaban. Pues cuando decían: "¿Con qué autoridad haces estas cosas?", no respondió a lo preguntado; sino que él mismo propuso diciendo: "Yo también os haré una pregunta: si me respondéis, también yo os diré con qué autoridad hago estas cosas" (Ibid., 24). Nuevamente, cuando decían: "¿Es lícito dar tributo al César, o no?" (Mat. XXII, 17), él dijo: "¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo". Y al ofrecerla, preguntó de nuevo: "¿De quién es esta imagen y la inscripción?" (Ibid., 19). Le dijeron: "Del César". Allí, pues, los ató con sus propias palabras, los constriñó con su propia obligación. Entonces les dijo: "Dad, pues, al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios" (Ibid., 21), para que no pudieran contradecir sus propias palabras. Finalmente, asombrados, se alejaron de él. Pero no es de extrañar que respondiera por la retaguardia, quien veía antes de los pies.

36. Moisés expuso claramente que esta profecía de Jacob el santo es sobre Cristo. Pues así dijo: "Bendito el que amplió a Gad. Como león reposó quebrando brazos y príncipes, y vio desde su inicio que allí se dividió la tierra de los príncipes reunidos junto con los príncipes de los pueblos. El Señor hizo justicia, juicio con Israel" (Deut. XXXIII, 21).

37. Reconocemos, pues, quién reposó como león, quién quebró los brazos de los poderosos, quién desde el principio vio las divisiones de los que tentaban. Allí, pues, está la abertura de la tierra, que absorbe a los calumniadores, donde está la tentación de los pérfidos.

CAPÍTULO IX.

Sobre la bendición de Aser, en la que se expresan las riquezas de Cristo pobre y los múltiples dones a los hombres.

38. Aser, su pan será abundante, y él dará manjares a los príncipes (Gén. XLIX, 20). Aser en interpretación latina significa riquezas. ¿Quién, pues, es rico, sino donde está la altura de las riquezas de la sabiduría y el conocimiento de Dios? ¿Quién es rico sino el Señor Jesús, que siempre abunda y nunca falta? Vino pobre a este mundo, y a todos enriqueció, llenó a todos. ¡Cuán grande es en riquezas, quien con su pobreza hizo ricos a todos! Pero pobre por nosotros, rico con el Padre. Aquel pobre, para librarnos de la indigencia; como enseña el Apóstol diciendo: "Porque por vosotros se hizo pobre, siendo rico; para que con su pobreza vosotros fuerais enriquecidos" (II Cor. VIII, 9). Su pobreza enriquece, sana el borde, sacia el hambre, vivifica la muerte, resucita la sepultura. Este, pues, es el tesoro rico, su pan es abundante. Y bien abundante, quien lo coma no podrá tener hambre. Este pan lo dio a los apóstoles, para que lo repartieran al pueblo creyente; y hoy nos lo da a nosotros, el cual el sacerdote consagra diariamente con sus palabras. Este, pues, pan se ha hecho alimento de los santos.

39. Podemos también considerar al mismo Señor, quien nos dio su carne, como él mismo dijo: "Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron: este es el pan que descende del cielo, para que si alguno come de él, no muera" (Juan VI, 48 y 49). Y para que nadie pensara que hablaba de esta muerte que viene por la separación del alma y el cuerpo, y con razón dudara, sabiendo que los santos apóstoles murieron de esta muerte, añadió: "Yo soy el pan vivo, que descendí del cielo. Si alguno come de este, vivirá para siempre" (Ibid., 51 y 52): esto es, no hablé antes de la vida temporal, ni de la muerte de esta vida, porque aunque alguno muera, sin embargo, si toma mi pan, vivirá para siempre. Pues aquel lo recibe, quien se prueba a sí mismo: y quien lo recibe, no morirá de la muerte del pecador, porque este pan es la remisión de los pecados.

40. Moisés también profetizó bellamente en sus bendiciones diciendo: "Bendito por los hijos de Aser, y será aceptado por sus hermanos; y mojará su pie en aceite, y hierro y bronce serán su calzado. Y como son tus días, así serán tus fuerzas. No hay nadie como tu Dios en el cielo, tu ayudador, y el gran Señor del firmamento: y te protege el Dios del principio, y por las fuerzas de los brazos poderosos echó de tu presencia a tu enemigo, diciendo: Pereza. E Israel habitará confiado solo sobre la tierra: Jacob en trigo y vino; y el cielo te será con la nube del rocío" (Deut. XXXIII, 24 y ss.).

CAPÍTULO X.

La bendición de Neftalí, imagen de los fieles a Cristo, adheridos como sarmientos de la vid, y liberados de las ataduras de la muerte.

41. Neftalí es una vid extendida, que extiende su belleza en el brote (Gén. XLIX, 21). Un sarmiento de la vid se corta, lo que parece inútil, para que la vid no se regocije en la exuberancia de los sarmientos: y otro se poda un poco y se deja crecer, para que dé fruto, cuya belleza se extiende en la generación; porque mientras se eleva hacia lo alto, abraza la vid, y al ascender a la cima, viste con un collar de preciado sarmiento los cuellos de las vides. También es belleza en la generación, porque con sarmientos llenos produce muchos frutos.

42. Esta es una belleza, pero mucho más hermosa es aquella que significa el sarmiento adherido a la vid espiritual, de la cual somos sarmiento, y podemos dar fruto, si permanecemos en la vid: de lo contrario, somos cortados.

43. El santo patriarca Neftalí era un sarmiento abundante. Por eso Moisés dice: "Neftalí, saciedad de los que reciben, se llenará de bendición del Señor, poseerá el mar y el sur" (Deut. XXXIII, 23), exponiendo lo que Jacob había dicho, qué es la vid extendida, esto es, liberado de las ataduras de la costumbre por la gracia de la fe: en lo cual se significa el pueblo de Dios llamado a la libertad de la fe, y a la abundancia de la gracia difundida por todo el mundo, que viste el yugo de Cristo con buen fruto, y rodea los maderos de la verdadera vid, esto es, los misterios de la cruz del Señor, y no teme el peligro de su confesión, sino que más bien, incluso en las persecuciones, se gloria en el nombre de Cristo.

44. Este es verdaderamente liberado de las ataduras, quien no está atado por ningún lazo de temor. Por eso el profeta dice: "Saldrán, y saltarán como becerros liberados de las ataduras" (Malac. IV, 2). Y por eso extiende su belleza en el brote, porque colocado en el lugar de pasto, y llevado sobre el agua de la restauración, germina el buen decoro de la palabra a través de los sacramentos de su regeneración, y es asumido en aquella bellísima gracia de Cristo, quien puede aumentar la belleza de tu decoro.

45. Finalmente, sobre todos hermoso, lo que tiene lo da; porque nadie puede dar lo que no tiene. Por eso se ha dicho: "El Señor reinará, se ha vestido de decoro" (Sal. XCII, 1). Se ha vestido de decoro con la gracia de la Iglesia, que en aquel lavacro dejando la fealdad de todos los delitos, resplandeció con el esplendor de la gracia celestial. Por eso el esposo dice de ella: "¿Quién es esta que se asoma como el alba, escogida como el sol, hermosa como la luna, milagro como ornamento?" (Cant. VI, 9).

CAPÍTULO XI.

En la bendición de José, el bienaventurado Jacob fue más extenso, porque veía en él prefigurados los misterios de Cristo. A cada una de las partes de esta bendición se les aplica.

46. Ahora, para concluir la historia como un epílogo, como también la Escritura concluyó, desarrollemos la profecía del santo Jacob sobre el nombre del santo José: "Hijo mío, José, hijo mío, que crece, hijo mío, que es envidiado, vuelve a mí. Contra quien conspiraron maldiciendo, y apuntaron contra él el arco del Señor, y se quebraron con poder sus arcos, y se disolvieron los nervios de los brazos de sus manos por la mano del poderoso de Jacob; y de allí prevaleció Israel por el Dios de tu padre. Y te ayudó mi Dios, y te bendijo con la bendición del cielo desde lo alto, y con la bendición de la tierra que tiene todo. Por la bendición de los pechos y del vientre, las bendiciones de tu padre y de tu madre prevalecieron sobre las bendiciones de los montes permanentes; y los deseos de las colinas eternas estarán sobre la cabeza de José, y sobre la frente de aquellos a quienes presidió, sus hermanos" (Gén. XLIX, 22 y ss.).

47. ¿Cuál es la razón por la que sobre todos los hijos, el padre siguió más abundantemente al hijo José, sino porque veía ya prefigurados en él los misterios de Cristo? Por eso, bendiciendo más a aquel que se esperaba, que a aquel que se veía, dijo: "Hijo mío, José, que crece". ¿Quién es el que crece, sino Cristo, cuya gracia siempre aumenta, y no tiene fin el progreso de su gloria? De quien también Juan dice: "Es necesario que él crezca, y yo disminuya" (Juan III, 30); porque por su nombre salvador y perfecto se acumuló en este mundo y abundó la gracia. Hijo mío, que crece; y por eso, porque lo veían crecer, sus hermanos comenzaron a envidiarlo. Sin embargo, el José inteligible también encontró celos de aquellos a quienes más favorecía. Finalmente, decía: "No he venido sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel" (Mat. XV, 24). Y ellos decían: "No sabemos de dónde es" (Juan IX, 29). Él los curaba, y ellos lo negaban.

48. "Hijo", dice, "mío, que es envidiado". Realmente más joven, quien era casi el último nacido. Finalmente, la Escritura dice: "Jacob lo amaba, porque era hijo de su vejez" (Gén. XXXVII, 3). Lo cual también se refiere a Cristo. Pues al mundo envejecido y ya declinante, el Hijo de Dios, iluminando por el parto de la Virgen María, llegó tarde, como hijo de la vejez según el sacramento, asumió cuerpo, quien era antes de los siglos siempre con el Padre.

49. Por eso el Padre le dice: "Vuelve a mí", llamándolo al cielo desde la tierra, a quien había enviado por nuestra salvación. Así que resucitando a su Hijo unigénito, anuló el consejo de los que maldecían. Por eso también Isaías dice: "Vano es el consejo de vuestro espíritu" (Isa. XIX, 11). Y convencidos los que dirigían como flechas, disolvió todo: quebrantó su poder, quienes confiaban en sus propias fuerzas y no en Dios. "De allí", dice, "prevaleció Israel por el Dios de tu padre, y te ayudó mi Dios". ¿Quién es el que fortaleció a Israel, y ayudó al hijo, sino solo Dios Padre quien dijo: "Jacob mi siervo, lo recibiré: Israel mi elegido, lo recibirá mi alma" (Isa. XLII, 1).

50. Y lo bendijo con la bendición del cielo desde lo alto, y con la bendición de la tierra que tiene todo. Pues todo le sometió, celestiales como bendición del cielo, y terrenales como bendición de la tierra, para que dominara tanto a hombres como a ángeles.

51. Así que en aquel cuerpo aparentemente despreciable: "Prevaleciste", dice, "por la bendición de los pechos y del vientre, las bendiciones de tu padre y de tu madre". Llamó pechos a los dos Testamentos, en uno de los cuales fue anunciado, en el otro demostrado. Y bien pechos, porque como con una leche espiritual nos nutrió y educó, y el Hijo ofreció a Dios: o dice pechos de María, que verdaderamente eran benditos, con los cuales la santa Virgen dio a beber al pueblo del Señor la leche. Por eso también aquella mujer en el Evangelio dice: "Bendito el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste" (Luc. XI, 27).

Pero lo que dice: "La bendición del vientre de tu padre y de tu madre", si quisiéramos entender solo el vientre de María, ¿por qué uniría ambas bendiciones, quedaría oculta la causa? Pues pudo haber hablado solo del vientre de la madre. Pero creo más hermoso que entendamos según el misterio espiritual ambas generaciones del Señor Jesús, tanto según la divinidad como según la carne; porque antes de los siglos es engendrado del Padre. Por eso también el Padre dice: "Mi corazón ha pronunciado una palabra" (Sal. XLIV, 2); porque de aquella íntima e incomprensible sustancia del Padre procedió, y en él está siempre. Por eso también el evangelista dice: "A Dios nadie lo ha visto jamás, sino el Hijo unigénito que está en el seno del Padre, él lo ha contado" (Juan I, 18). Así como el seno del Padre se entiende espiritualmente como un cierto secreto íntimo de la caridad y naturaleza paterna, en el cual siempre está el Hijo: así también es del Padre espiritual el vientre, un arcano interior, del cual como de un seno generador procedió el Hijo. Finalmente, leemos diversamente ahora el vientre del Padre, ahora su corazón del cual pronunció la palabra, ahora su boca de la cual salió la justicia, de la cual salió la sabiduría, como él mismo dice: "De la boca del Altísimo salió" (Écli. XXIV, 5). Así, cuando no se define uno, y uno suena todo, significa más el misterio espiritual de la generación paterna, que algún miembro corporal. Pero así como entendemos aquella generación del Padre: así también para la consumación de la fe entendamos la generación de María, cuando se bendice el vientre de la madre, ciertamente aquel de María virginal, que nos dio al Señor Jesús. De la cual el Padre dice por el profeta Jeremías: "Antes de formarte en el vientre, te conocí; y antes de que salieras del vientre de la madre, te santifiqué" (Jer. I, 5). Así que el profeta declaró en Cristo la doble sustancia, de divinidad y de carne: una del Padre, otra de la Virgen; sin embargo, de modo que no fuera ajeno a su divinidad, cuando naciera de la Virgen, y estuviera en el cuerpo.

52. Por eso también prevaleció sobre todos los montes, y los deseos de las colinas eternas. Pues sobre todos aquellos hombres de mérito sublime, patriarcas y profetas y apóstoles; pero también más allá del sol, la luna, los arcángeles, como luz del cielo brilló, como él mismo dice: "No es el discípulo superior al maestro, ni el siervo superior al señor" (Mat. X, 24). ¿Quién de ellos fue, a quien todo estaba sujeto, a quienes él mismo dio lo que eran? En quien son bendecidos todos sus santos, porque él es sobre las cabezas de todos cabeza de todos. Pues la cabeza de la mujer es el hombre, la cabeza del hombre es Cristo. Y sobre las cimas de los montes, porque él es la cima sobresaliente de todos: pero de los justos es la cima altísima. A quienes llama hermanos, adquiridos por la gracia, y una cierta comunión de regeneración. Por eso también de los hermanos de José entendemos más aquellos hermanos, de quienes dice en el salmo: "Contaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la Iglesia te cantaré" (Sal. XXI, 23).

53. Finalmente, Moisés al completar el curso de esta vida, al bendecir a la Tribu de José, no bendecía a aquel José ya difunto, sino a Cristo, como tienes escrito sobre José: "De la bendición del Señor su tierra, desde los confines del cielo, y del rocío, y de los abismos de las fuentes abajo, y según la hora del curso del sol, y de los meses convenientes, y de la cima de los montes, desde el principio, y de la cima de las colinas eternas, y a la hora de la plenitud de la tierra, y de aquel que fue visto en la zarza, venga sobre la cabeza de José la bendición, y sobre su frente. Sea honrado entre sus hermanos. Primogénito del toro su decoro, cuernos de unicornio. Con ellos aventará a las naciones juntas hasta el extremo de la tierra. Él es las miríadas de Efraín, y él es los millares de Manasés" (Deut. XXXIII, 13 y ss.).

54. La bendición es la misma, que tiene toda la plenitud de las cosas celestiales y terrenales, y la gracia especial de Cristo: quien fue visto en la zarza dijo a Moisés: "Quítate las sandalias de tus pies" (Éxod. III, 5): quien es sobre todos Dios; porque él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia: quien es el principio primogénito de los muertos, para que en todo él tenga la

primacía; porque en él complació que habitara toda la plenitud. Y por eso solo a él se le concede la prerrogativa de esta bendición, desde la cima del cielo hasta el extremo de la tierra. Pues él es antes de todos, en quien todas las cosas consisten: quien también por la sangre de su cruz pacificó todas las cosas, ya sean las que están en el cielo, ya sean las que están en la tierra. Cuyo tipo prefigurando, bellamente es bendecido el santo José, para que sea honrado entre sus hermanos.

55. Primogénito del toro su decoro, teniendo cuernos de unicornio, con los cuales aventará a las naciones. Y buen toro como víctima por los delitos, y víctima de todo el mundo, para pacificar todas las cosas. Cuyo decoro es santo; pues todo primogénito es santo, como hemos demostrado en otro lugar (Lib. II, de Abel y Caín, c. 2, n. 3, 12). Por eso también Leví, no por orden de edad, sino por la prerrogativa de la sucesión sagrada, mereció ser llamado primogénito. Y verdaderamente su decoro es santo, de quien está escrito resucitando: "Hermoso en forma más que los hijos de los hombres" (Sal. XLIV, 3); porque él es el primogénito de los muertos, teniendo cuernos de unicornio. Pero cuando dijo cuernos, ¿cómo puso de unicornio es de investigar; cuando el mismo unicornio entre las generaciones de las fieras, como dicen los expertos, no se encuentra? Y por eso debemos considerar más bien el Verbo único, porque el Verbo sustantivo de Dios es uno, no muchas palabras. Por eso también Ana dice: "El Señor juzga los confines de la tierra, y dará fuerza al rey, y exaltará el cuerno de su Cristo" (I Sam. II, 10). Y Isaías dice: "La viña fue hecha para el amado en un cuerno, en un lugar fértil" (Isa. V, 1); porque la Iglesia florece para el Hijo unigénito de Dios, teniendo el único Verbo de Dios, en quien está la plenitud de la virtud y la sabiduría, cuya abundancia hizo brotar la cosecha de la fe. A este Verbo siguen los santos.

56. Decem millia, dice, Ephraem, y millia Manasses (Deut. XXXIII, 17), es decir, que domine tanto a judíos como a gentiles, y de ambos pueblos adquiera para sí la plenitud de la Iglesia. Por eso el santo Jacob puso su diestra sobre Efraín; ya que leemos que dice en el Cantar de los Cantares: Mi hermano es blanco y rubicundo, elegido entre diez mil (Cant. V, 10). Finalmente, también a David, autor de la joven María, de cuya sucesión nació Cristo por el parto de la Virgen, lo proclamaban entre diez mil: pero a Saúl entre mil, cuando por reverencia debieron prevalecer más hacia el rey. Quien, pues, haya exaltado el cuerno de Cristo confesando su gloria, él también recibirá cuernos. Por eso también los santos son llamados unicornios en el versículo del salmo: Y amado como hijo de unicornios (Salmo XXVIII, 6). Pues así como este tipo de animal, cuando le crecen los cuernos, significa el progreso de una edad más plena: así, cuando de una parte de nuestra alma comienzan a brotar cuernos, parecen significar el progreso de una virtud más perfecta, y crecen hasta que se completan. Este cuerno el Señor Jesús lo usó para quebrantar a las naciones, para destruir la superstición, para devolver la salvación, como él mismo dice: Heriré y sanaré (Deut. XXXII, 39). Por eso, como imitador de este toro, el Profeta dice: En ti ventilaremos a nuestros enemigos con el cuerno (Salmo XLIII, 6), es decir, destruyendo toda altitud que se eleva contra el conocimiento de Dios. Y por eso, según la Ley, los animales puros tienen cuernos (Deut. XIV, 4 y 5): porque la Ley es espiritual. Pues quienes pueden repeler las seducciones de este mundo con la palabra de Dios y la observancia de la virtud, parecen estar armados con cuernos como ciertas armas de su cabeza. Con razón también se dice que la trompeta de cuerno (Salmo XCVII, 6) es la virtud de un discurso admirable, que enciende a los buenos soldados de Cristo para la batalla, para que obtengamos botines del enemigo, el diablo. Estamos, pues, en la línea de batalla, y vemos a muchos de nosotros cautivos en los campamentos del adversario: estos deben ser liberados por nosotros del yugo pesadísimo de la servidumbre.

CAPÍTULO XII.

Sobre la bendición de Benjamín, que mística y proféticamente significa la persecución de Pablo contra la Iglesia, así como su conversión y predicación.

57. El diablo tiene muchos lobos, que dirige hacia las ovejas de Cristo; y por eso el José inteligible, para guardar sus ovejas, capturó al lobo Pablo, que venía a arrebatarse las ovejas, convirtiéndolo de perseguidor en maestro. De quien dice Jacob, como está escrito: Benjamín es un lobo rapaz, por la mañana aún comerá, y por la tarde repartirá la presa entre los príncipes (Gén. XLIX, 27). Era un lobo cuando dispersaba y devoraba las ovejas de la Iglesia. Pero quien vino como lobo, se hizo pastor. Era un lobo cuando era Saulo, cuando entraba en las casas y arrastraba a hombres y mujeres a la cárcel. Era un lobo cuando, respirando amenazas y homicidios contra los discípulos del Señor, pedía cartas a los príncipes de los sacerdotes para invadir a los siervos de Cristo. A quien, como lobo errante en las tinieblas nocturnas, Jesús cegó con su luz derramada. Por eso Raquel, al dar a luz a Benjamín, llamó su nombre Hijo de mi dolor (Gén. XXXV, 18), profetizando que de esa tribu vendría Pablo, quien afligiría a los hijos de la Iglesia en el tiempo de su persecución, y causaría gran dolor a su madre. Pero sin embargo, él mismo después repartió la presa entre los príncipes en un tiempo posterior, evangelizando a las naciones la palabra de Dios, y provocando a muchos a la fe; como leemos, bajo su disputa, el procónsul Pablo y el príncipe Publio recibieron la gracia del Señor (Hechos XIII, 12; XXVIII, 8).

58. Hermosamente también Moisés, al bendecir a la tribu de Benjamín, dijo: Amado del Señor habitará confiado, y Dios lo cubrirá todos los días, y entre los hombros descansará el amado del Señor (Deut. XXXIII, 12), quien también fue hecho vaso de elección. Pues no fue de otra manera sino por la misericordia y el amor del Señor que se convirtió. Por eso él mismo, sin atribuir nada a su mérito, sino todo a Cristo, dice: Porque yo soy el menor de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no fue en vano en mí (I Cor. XV, 9 y 10). Habitará confiado en la casa que antes devastaba, habitará en los tabernáculos de Cristo, quien antes como lobo erraba en los bosques. Y Dios lo cubrió cuando Cristo se le apareció. Aunque con los ojos abiertos no veía nada, sin embargo, veía a Cristo. Y con razón veía al presente, a quien también escuchaba hablar. Esta cobertura no es de ceguera, sino de gracia. Finalmente, a María se le dice: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá (Luc. I, 35).

59. Y entre los hombros descansará, es decir, entre buenas acciones y obras preciosas. Pues también arriba tienes que Isacar puso su hombro para trabajar, y se hizo hombre agricultor. A quien Pablo imitando, plantó nuevos brotes de fe, y por eso como buen agricultor dijo: Yo planté, Apolo regó (I Cor. III, 6).